



VIDAS BARATAS

Alberto Olmos

ELOGIO DE LO CUTRE



HarperCollins

VIDAS BARATAS

Alberto Olmos

ELOGIO DE LO CUTRE

HarperCollins

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por HarperCollins Ibérica, S. A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Citas en las páginas 156, 157 y 159 extraídas de Ordesa (Alfaguara 2018)
© 2018 Manuel Vilas.

Las menciones a Bizcochos Noël y Galletas Jesús Angulo Ortega S. L. y las imágenes de las páginas 125 y 127 han sido autorizadas por las propias marcas.

Las imágenes de las páginas 131, 132 y 135 han sido facilitadas por el autor.

Vidas baratas: elogio de lo cutre.

© 2021, Alberto Olmos

© 2021, para esta edición HarperCollins Ibérica, S. A.

Todos los derechos están reservados, incluidos los de reproducción total o parcial en cualquier formato o soporte.

Diseño de cubierta: LookatCia
Imágenes de cubierta: Shutterstock y LookatCia.

I.S.B.N.: 978-84-9139-681-9

Conversión a ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

[Créditos](#)

[Prólogo](#)

[Primera parte: Filología cutre](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Segunda parte: Vidas baratas](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Tercera parte: Éxito cutre](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Epílogo: Escrito a mano](#)

Para Rafael Reig, un maestro

Prólogo

Hace tres años afirmé en un artículo que echaba de menos en las librerías un ensayo sobre lo cutre; ensayo que, recalqué entonces, yo no tenía ninguna intención de escribir. Resulta que es este que tienes en las manos.

¿Qué ha pasado para que finalmente me haya tocado escribirlo? Primero, que nadie me tomó la palabra, y lo cutre siguió sin decirse, huérfano de desarrollo en páginas suficientes como para hacer bulto en las bibliotecas del saber. Se han publicado muchos ensayos sobre el feminismo, las pandemias y diversos hitos históricos, pero nadie le ha dedicado el tiempo que merece a algo mucho más importante: el cutrerío. En España, el cutrerío es tan importante como la gastronomía o Buñuel.

Lo segundo que ha sucedido es que lo cutre se encuentra cada vez más presente en nuestras vidas, está casi de moda y sus adeptos no paran de crecer, muy orgullosos, además. Lo cutre asoma en las películas, en las canciones y en los anuncios; se hace política cutre y gusta, se hace comida cutre y también gusta. La tele cutre es la única que se ve. Hay cada vez más gente que encuentra en lo cutre una tabla de salvación para no ser simplemente pobre, o simplemente rico. Ser cutre está por encima del capitalismo y sus extremos. Es una opción de vida y, como tal, parece una buena idea.

Toda mi vida he sido testigo de lo cutre, lo he visto y lo he experimentado, me ha enternecido. Pero tuve que hacer un pequeño viaje para tomar conciencia de mi destino, que no era otro que acabar abordando sin complejos el asunto. La ciudad a la que viajé para caerme del caballo fue Barcelona, que será muchas cosas, pero no precisamente cutre.

Allí vivía un amigo de siempre. Era un compañero de colegio, pues ambos crecimos en el mismo pueblo de Segovia, un pueblo que nos alimentó y nos lo enseñó todo, especialmente —pensándolo después— a ser cutres. No lo nombro porque las pequeñas localidades españolas tienen más orgullo que el imperio de Japón, y a nada se cabrean y le ponen precio a tu cabeza y a la de tus hijos. ¡Con el cariño que pongo yo en este libro a todo lo cutre!

La visita era rutinaria, y no sabía yo que supondría para mí el primer aviso de que ser cutre no era tan sencillo como ser pobre o mezquino, según reza el diccionario. Mi amigo había vivido algún tiempo en Madrid, haciendo encuestas por la calle, y pasó también sus años en Inglaterra, fregando platos en hoteles. Como veis, su currículum cutre era realmente prometedor. Sin embargo, ahora estaba en Barcelona con un buen trabajo, en una empresa multinacional, e iba a la oficina cada día con traje y corbata, tenía reuniones con grandes firmas de lácteos o telefonía y la palabra «cliente» tintineaba en su cabeza como el dinero. Había encontrado su lugar mejor en el mundo, sin duda.

Sin embargo, vivía en El Clot, en un primero con una única ventana a la calle, justo encima de la terraza de un bar donde una decena larga de sillas y mesas metálicas orquestaban cada día un sinfín de sinfonías átonas y reiterativas, al compás de las demandas del pueblo sediento, llano. El piso ni siquiera era para él solo, pues lo compartía con un alemán, un tipo curioso en la medida en la que nunca estaba en la casa, le reclamaban negocios en

África, pasaba semanas sin pisar suelo europeo, no digamos las baldosas de su propio cuarto. De modo que fue allí, en esa habitación que pagaba un alemán, donde me alojé un par de noches.

La casa la recuerdo oscura, desordenada, llena de cosas torcidas y a punto de caerse, y de botes a la mitad, siempre de marcas baratas, y varias televisiones panzonas apagadas. Veo aún las mantas y toallas sobre el sofá, serpenteantes desde el respaldo a los reposabrazos. Veo incluso libros de poco fuste literario, *best sellers* como de gente que pasó por allí, se quitó peso de encima y generó por sedimentación una pequeña biblioteca aleatoria. Veo todavía los DVD, cuando ya era decimonónico ver películas en DVD, todos de películas españolas que ni siquiera ganaron el Goya un año cualquiera del que nadie recordaba quién había ganado el Goya.

A lo mejor no había lámparas, o eran las que dejaron colgadas los padres del dueño de la casa desde que compraron la vivienda en 1978, muy retorcidas y góticas, con bombillas de vela, faltando dos de las cinco, fundida otra. Seguramente un casquillo raquítico iluminaba alguna de las habitaciones, la mía, la del alemán. Todo daba un poco igual en aquel piso mientras las paredes no cedieran, el techo no claudicara, el suelo siguiera funcionando.

Pasé, como digo, dos días y medio en aquella casa, poniéndome al día de la vida de mi amigo, dándole noticia de mis trajines, hablando de Barcelona y, en fin, de lo que sea que estuviera de actualidad. Debió de ser a principios del presente siglo. En algún momento, debí comentarle algo sobre un objeto que estaba allí presente, en el salón de su casa, o sobre el dinero que ganaba o las vacaciones que podría o no permitirse. Mi amigo odiaba viajar, le parecía un gasto demencial. De este modo, criticando yo algo que, en realidad, me era muy propio —el ahorro, la desidia consumista, la indiferencia por el prestigio de los bienes materiales— le llamé cutre o consideré cutre algo —la

lámpara, la tele, unas zapatillas; o todo en general—. Entonces él pronunció la frase que me puso en camino, las palabras que convertían la miseria en filosofía y la precariedad en conocimiento:

—Me gusta lo cutre.

Eso dijo. *Me gusta lo cutre*. Un club exclusivo pareció descorrer entonces sus cortinas ajadas y polvorientas ante mis ojos: el Club de los Cutres. Bienvenido.

Hay bastante diferencia entre ser cutre y que te guste lo cutre. Es la diferencia entre la fatalidad y un proyecto de vida. Como dar un paso adelante hacia un abismo de plástico. Que haya gente cuyo proyecto de vida sea la cutrez resulta muy impresionante. Pudimos verlo en la segunda temporada de *Lost*, en el capítulo titulado «Todo el mundo odia a Hugo». Hugo Hurley Reyes era ese personaje, interpretado por Jorge García, que representaba al americano fondón y desaseado que se deja llevar por la corriente oceánica de la cultura popular. Buena gente, en suma. Vivía con su madre en Los Ángeles y se pasaba el día viendo televisión y dando cuenta de bolsas de patatas fritas. En este capítulo, sueña que le toca la lotería, y del sofoco se cae al suelo. Su madre acude atraída por el golpetazo. Le pregunta qué le ha pasado y empieza a abroncarle por llevar ese tipo de vida, perezosa y miserable. «Tienes que cambiar de vida», le dice. Y Hugo contesta: «A lo mejor no quiero cambiar. A lo mejor me gusta mi vida».

De nuevo, la profesión de fe, la voluntariedad de lo cutre.

Sin embargo, pongámonos estupendos e irrefutables y afirmemos que lo cutre encuentra en España un grado de pureza mayor que en otros países, respaldado tal vez por siglos de picaresca e hidalguía, de honra y de esperpento, respaldado incluso por los quinquis y, después, las chonis y los poligoneros. Lo cutre puede verse como una tradición en España, bien que desconocida y mal nombrada, y que con la Transición y el progreso recibió su barniz último, esa

extraña condición de paraíso perdido, de vuelta a la infancia y al abrazo de tu abuela.

Para escribir este libro he tenido que seguir estas intuiciones, y un puñado de ideas desmadejadas que creía mucho más completas de lo que eran, pues documentarse sobre lo cutre ha significado descubrir su ubicuidad, sus diversas facetas, algunas en efecto ridículas y mezquinas y otras luminosas, la extensión increíble de esta filosofía o estética, de este ver la vida como una cosa buena y barata.

Ya dijo Josep Pla que cuando quería aprender sobre algo escribía un libro. Lo cutre bien puede ser también eso: hacer las cosas para saber por qué quieres hacerlas, divulgar un saber que en realidad no deseas tanto ofrecer a los otros como a ti mismo, preparar las clases el día antes. De hecho, yo siempre he pensado que un prólogo en un libro es una cosa cutre. Es por eso que este libro debía llevar uno.

A.O.

Primera parte

Filología cutre

Capítulo 1

Filología cutre

Algo fascinante en relación con lo cutre es que todo aquello que rodea este concepto se inclina por reforzar su significado, no está, no se sabe, se tambalea, cojea, fue un error o nadie se ha preocupado demasiado por ello. Si una cosa es cutre, será cutre hasta las raíces y en todas direcciones.

Yo mismo estoy escribiendo estas páginas en la cocina de mi casa, sobre un carrito metálico con dos bandejas oxidadas llenas de pinzas, filtros de cigarrillos, cajas vacías de secadores de pelo y esterillas. Tengo a un lado la lavadora y al otro el cubo de la fregona. Un gotelé de grano grueso es mi horizonte. Los conductos de gas natural, mi inspiración. Si escribiera sobre el teatro isabelino, me hubiera ido a un hotel del centro. Por eso no escribo sobre teatro isabelino.

Por idénticas inercias, al consultar el Diccionario de la Real Academia Española de la Lengua no podía suceder que la voz «cutre» nos la encontráramos perfectamente aseada y admitida, con su etimología indudable y su origen cierto.

1. *adj. coloq.* Tacaño, miserable. *U. t. c. s.* 2. *adj. coloq.* Pobre, descuidado, sucio o de mala calidad. *Un bar, una calle, una ropa cutre.*

Esto dice el DRAE sobre nuestro entrañable bisílabo. No hay, como vemos, ni un gramo de amor, respeto o complicidad en su descripción, que parece glosar la palabra más detestable de nuestro idioma. «Cutre» sirve como adjetivo y como sustantivo, su uso es eminentemente coloquial y, si en lo anímico hace referencia a espíritus rastreros y avarientos, en lo material designa todo aquello de lo que uno preferiría estar alejado: lo feo y lo barato. La Academia no parece haberse enterado de que hay gente a la que le gusta lo cutre, de que nos espera toda una filosofía detrás de esta palabra.

Pero ¿de dónde viene entonces este vocablo que suena tan cercano a cuchitril, catre, costra, crudo, curro, crujir o curtir, la familia *monster* del diccionario?

Una primera pesquisa a través de Google nos lleva a un lugar insospechado: Aragón. En concreto, a los arados de esta región. El buscador que nos sirve para honrar lo cutre con una investigación a su altura muestra varias referencias que ven el origen de la palabra en un peculiar arado, el *cuitre* o *cuytre*. Aparece en *Las palabras de moda*, simpático glosario de Antonio Hernández Guerrero; en *Nuevo diccionario chistabino-castellano*, no menos peculiar tesoro firmado por Brian Mott; y también en *Los nombres del arado en el Pirineo*, del reputado filólogo Manuel Alvar. Para Hernández Guerrero, «cutre» guarda relación con el símil «ser más bruto que un arado»; Mott aclara que esta herramienta se empleaba con la tierra más dura; y Alvar nos lleva al *Foro general de Navarra*, del siglo XIII, donde ya se habla del *cuytre* tirado por los bueyes.

El viaje a los orígenes nos precipita finalmente en una posible etimología latina. Julio Caro Baroja incluye este arado en su libro *Tecnología popular española*, donde afirma que la voz latina que se esconde tras «cutre» es *culter*, «cuchillo» o «reja», es decir, la parte incisiva del

arado, que pasa a denominar por sinécdoque toda la herramienta.

Intuitivamente, más arriba relacionábamos «cutre» con «catre» o «cuchitril», pero nunca con «cuchillo». Ciertamente este utensilio, también arma blanca, no parece guardar mucha cercanía con nuestro desaliñado concepto, pues hay que hacer un gran esfuerzo para convertir un simple cuchillo de cocina en algo cutre, y no está claro que haya siquiera formas cutres de acuchillar a alguien, para qué nos vamos a engañar.

Así las cosas, el breve viaje por los arados aragoneses nos ha llevado a una vía muerta.

La otra pista que da Google para localizar el origen de la palabra «cutre» parece más convincente, por mucho que su etimología no se dé por resuelta. Se trataría, según esta especulación lingüística, de un galicismo. La palabra francesa *croûte* estaría detrás de todo nuestro cutrerío. Es lo que defiende la web Etimologías de Chile, un diccionario etimológico amateur fundado por el ingeniero computacional Valentín Anders.

Croûte o *croute* (pues perdió el acento circunflejo obligatorio en la reforma lingüística de 1990) denomina en francés el cubrimiento exterior de un alimento o incluso de todo un planeta, pudiendo referirse a la corteza del pan, al borde duro del queso, a la cáscara de algo o también —ojo— a la costra. Es un filamento, una película o una cobertura natural normalmente desechable a la hora de ingerir un producto alimentario.

Su origen es el latín *crusta*, «cáscara», «caparazón», de donde proceden palabras españolas como «crustáceo» o «costra». En este último caso, se ha producido en nuestro idioma lo que se denomina metátesis, un cambio de lugar de un sonido dentro de una misma palabra, pasando la -r de la primera sílaba en el vocablo de origen, *crusta*, a la segunda sílaba en la palabra derivada, «costra».

Sería, de hecho, también metátesis lo que encontraríamos en el galicismo «cutre», cuya -r también ha saltado de la primera a la última sílaba respecto al original *croute*. Así, la palabra latina *crusta* dio lugar en francés a la palabra *croûte* y en español a la palabra «costra» y, en el siglo XVIII, la palabra francesa *croute* dio lugar a su vez a la palabra española «cutre», que venturosamente tiene mucho más que ver con «costra» que con cualquier tipo de arado aragonés.

Al principio de este capítulo especulábamos a voleo sobre otras palabras que podían guardar relación con «cutre», como «catre» o «cuchitril», y citábamos por pura casualidad «costra». No en vano, durante algunos años estuvo de moda en España hablar de lo «costroso», motejar a alguien como «un costra» o considerar que un ambiente era tan decadente y desastrado que había en él «mucho costra». El diccionario de la RAE admite desde 1992 como segunda acepción de «costroso», después del evidente «que tiene costras», el significado de «cochambroso, sucio, desaseado». Todas estas coincidencias, un tanto purulentas, deben llevarnos a pensar que en la voz francesa *croûte* se halla con mucha probabilidad el origen de nuestra querida palabra «cutre».

Fue la edición de 1870 de nuestro diccionario la que incorporó «cutre» por primera vez, con la descripción telegráfica: «Lo mismo que miserable», pero sin acertar a señalar su origen. Esta escueta descripción siguió inalterada hasta 1992, donde se añadió «tacaño» a miserable en la primera acepción y se sumó una segunda que sigue vigente hoy día, como hemos visto: «2. Pobre, descuidado, sucio o de mala calidad». Así, «cutre» y «costroso» resulta que cayeron en desgracia semántica en el mismo año, y con Juegos Olímpicos y todo.

Sin embargo, ya en el siglo XIX *croûte* les daba bastante más juego a los franceses, pues la palabra también servía

para definir a una persona *a l'esprit borné et imbécile* («estrecha de miras e imbecil») y, en el arte pictórico, para nombrar un cuadro chapucero o ridículo. A quien pintaba mamarrachadas o bodrios se le consideraba un *croûtier*. Hoy en día, *croûte* puede referirse asimismo a un cuadro viejo resquebrajado por el paso del tiempo y que carece de valor. La metáfora es eficaz, pero extraordinariamente cruel: como decir que alguien tiene las paredes de su casa llenas, no de cuadros de cetrería heredados de la abuela, sino de costras.

Permitidme que os presente ahora al jesuita Ángel Sánchez (1727-1803), hasta nueva orden, el primero que coló la palabra «cutre» en un libro impreso. Vallisoletano de nacimiento, ciudad donde tomó los hábitos, su larga vida de piedad y hambre estuvo dedicada a la traducción al castellano de los textos bíblicos, traducción que solo fue permitida por la Iglesia a finales del siglo XVIII. Antes había que saber latín para hablar con Dios. Su primera obra fue *Filosofía del espíritu y del corazón, enseñada en el Libro sagrado de los Proverbios traducido en rima castellana y aclarado con notas, que explica todo el sentido literal*, publicada en Madrid en 1785 en edición bilingüe, latín-castellano. Se trata de una traducción en versos muy inspirados, no solo del libro de los Proverbios, sino también del Eclesiastés, Sabiduría y Eclesiástico, los llamados «libros sapienciales». El padre Ángel era un poeta, y quizá para ocultarlo solo hizo versos con la excusa de difundir y popularizar lo sagrado. El libro aún puede conseguirse hoy día en Amazon, en versión facsimilar, por 21,47 euros; y en Carrefour, algo más caro, por 34,62 euros.

En este volumen, leemos en el capítulo XXIX, titulado *Sobre el emprestar, y fiar. Y sobre las incomodidades de los que viajan* y traducido del capítulo análogo del Eclesiástico, lo siguiente: